

ARIEL PUYELLI

# El cultrún de plata

 Estrada

 Azulejos

Ariel Puyelli

# El cultrún de plata



**Azulejos**



**Estrada**

**Coordinadora del Área de Literatura:** Laura Giussani  
**Editora de la colección:** Pilar Muñoz Lascano  
**Correctora:** Vanesa Kandel  
**Jefe del Departamento de Arte y Diseño:** Lucas Frontera Schällibaum  
**Coordinadora de Arte:** Natalia Udrisard  
**Diagramación:** Mariano Gaitán  
**Ilustración de tapa:** Mónica Pironio  
**Gerente de Prerensa y Producción Editorial:** Carlos Rodríguez

Ariel Puyelli

# El cultrún de plata

Puyelli, Ariel

El cultrún de plata / Ariel Puyelli; ilustrado por Mónica Pironio. - 2a ed. 1a reimp. - Boulogne: Estrada, 2014.

272 p.: il.; 19x14 cm. - (Azulejos. Roja; 52)

ISBN 978-950-01-1552-0

1. Literatura Infantil y Juvenil Argentina. I. Mónica Pironio, ilus. II. Título  
CDD A863.928 2



**Colección Azulejos - Serie Roja**

**52**

© Editorial Estrada S. A., 2014.

Editorial Estrada S.A. forma parte del Grupo Macmillan.

Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina.

Internet: [www.editorialestrada.com.ar](http://www.editorialestrada.com.ar)

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723.

Impreso en la Argentina. / Printed in Argentina.

ISBN 978-950-01-1552-0

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

# 1|La vida en Los Angelitos

*A Andrea y Maite Mera*

Muchas de las cosas que voy a contar me sucedieron a mí. Algunas llegué a conocerlas luego de escuchar el testimonio de las otras personas que participaron en esta historia. Unas pocas, finalmente, son el resultado de la reconstrucción que pude realizar a medida que escribía sobre los extraordinarios hechos que sucedieron.

Siete meses habían pasado desde la aventura que con Maxi y Melisa vivimos en “el mundo de abajo”. En el transcurso de ese tiempo, fuimos aquietando nuestros espíritus y los recuerdos. Las pruebas que atravesamos para liberar a la familia de Maxi de la maldición habían marcado nuestra existencia. Y la “barrida” de las cenizas de la calavera nos había dejado la duda sobre si la maldición había quedado sin efecto. Habíamos cumplido con éxito cada etapa en la salamanca; pero no habíamos enterrado formalmente la calavera. La madre de Maxi tiró a la basura las cenizas, creyéndolas polvillo común y silvestre.

Cada tanto, en nuestras reuniones frente a las vías abandonadas, revivíamos las situaciones de peligro que nos había impuesto un misterioso destino que no terminábamos de comprender. Con el tiempo, acumulábamos más y más preguntas; y estábamos atentos a todo material que nos ilustrara sobre la historia, la vida y las creencias del pueblo mapuche. Ahora nos parecía muy familiar y antes era solo una mención

perdida en los textos escolares o una breve nota en los diarios o en la televisión.

Habíamos hecho un pacto: jamás contaríamos a nadie nuestra aventura. Por un lado, no queríamos ser acusados de fabuladores y, por otro, no queríamos alterar la tranquilidad de mi hogar atrayendo a curiosos para que fisgaran en el galpón de la estación.

Mi padre lo había transformado en una modesta carpintería, ya que, como muchos habitantes de Los Angelitos, y debido a la crisis económica, había sido despedido de la empresa donde trabajaba. Era diestro en el uso de las herramientas y siempre había soñado con tener una pequeña empresa, por lo que la frustración del despido se convirtió en esperanza. Afortunadamente, la empresa le ofreció en alquiler la casona de la estación a un precio muy conveniente.

Lo primero que construyó papá fue una cucha para Tacaño. Mi perro no quería instalarse en el galponcito porque había quedado muy impresionado con lo que allí adentro —debería decir abajo— había sucedido meses atrás. De hecho, evitaba pasar cerca de la puerta. Se había acomodado en una cucha precaria junto a la ventana de mi habitación, y con eso parecía estar conforme.

Tras la experiencia en la salamanca, Heriberto redujo su agresividad, pero igualmente sentimos alivio cuando nos enteramos de que toda su familia iba a mudarse lejos. Al abandonar el pueblo, sentado en la caja de la camioneta de su padre, pasó frente a la casa de Maxi y nos miró a los tres amigos y a Tacaño con cara de “Ya nos vamos a ver”. No hicimos ningún gesto, pero en nuestro interior decíamos “Ojalá que no”.

La vida transcurría con total normalidad. Asistíamos a la escuela y, como yo lo había sospechado al conocerlo, a la semana de haber empezado las clases, Maxi sobresalía entre los compañeros por su inteligencia y su aplicación. En nuestros ratos libres, nos reuníamos para charlar o jugar. Continuábamos investigando la zona en busca de elementos que engrosaran su colección: todos los objetos raros y huesos de animales pequeños —o “porquerías”, como decía su madre— eran útiles. En fin, dábamos vueltas en bici, mirábamos un poco de televisión y compartíamos en general los gustos que tienen los chicos de trece años, aunque no nos atraían demasiado los juegos de computadora y cosas por el estilo.

La experiencia vivida en la salamanca, sumada a la atracción que yo sentía por Melisa desde antes de esa aventura, habían hecho que empezara a quererla con toda el alma. Pero, a pesar de haber sido capaz de enfrentar a brujos malignos y situaciones peligrosísimas, yo no tenía coraje para decirle nada. Sabía que ella sentía algo muy especial por mí. Los dos lo sabíamos, pero ninguno se había animado jamás a insinuar siquiera algo. Me parece que, en el fondo, nos dábamos cuenta de que no era necesario. Pero sería preciso aclararlo: no bastaban las miradas de ternura, los silencios que a veces incomodan ni esa necesidad urgente y constante por vernos y estar juntos.

La amistad entre ella, Maxi y yo se hizo tan fuerte que nos sentíamos invencibles: nada en el mundo podría separarnos y seríamos amigos para toda la vida. Eso era lo que habíamos construido en esos meses de compañerismo. Y eso nos permitió sobrevivir a los hechos extraordinarios que ocurrieron en

nuestras vidas y las de nuestras familias a partir de ese día en que Tacaño apareció muy lastimado.

Sí, nuestra nueva aventura también comenzó al atender a mi perro, aunque esta vez no por sus pulgas...